

Cuadernos Hispanoamericanos

Rosa Pellicer
Borges y la crítica española



**Publicado en el número 505/507
(Julio-Septiembre 1992)**

Borges y la crítica española

La nómina de los escritos no es demasiado divertida, pero no es arbitraria es un diagrama de su historia mental.

Borges: «Pierre Menard, autor del Quijote»

La estancia del joven Borges en España y su activa participación en el ultraísmo hicieron que su primer libro de poemas, *Fervor de Buenos Aires*, publicado en 1923, fuera considerado inmediatamente por la crítica española del momento con un gesto generoso que tardará en repetirse. De este primer poemario se ocuparon Enrique Díez Canedo desde las páginas de *Alfar*, y un año después desde las de *España*, y Ramón Gómez de la Serna, en la *Revista de Occidente*. El primero centra su atención en el ritmo del verso, que aunque se trate de verso libre, por inspiración extranjera, tiende al endecasílabo y sus combinaciones tradicionales, cinco y siete, logrando un verso «clásico». Ramón Gómez de la Serna, después de una evocación personal de Jorge Luis y Norah Borges, señala la filiación gongorina de algunos versos: «Un Góngora más situado en las cosas que en la retórica retiembla en la copa de Borges», y aunque oblicuamente, señala la nueva visión de Buenos Aires que presenta este libro. El siguiente libro de poesía, *Luna de enfrente*, fue saludado, también desde las páginas de la *Revista de Occidente*, por su compañero en la aventura vanguardista, Guillermo de Torre. Este señala el abandono del credo vanguardista, así como las dos vertientes de su lenguaje: el español clásico y la charla porteña. Rafael Cansinos Assens, siempre admirado incondicionalmente por Borges, en su libro *La nueva literatura* (1927) le dedicó varias páginas. En las primeras traza la imagen del joven Borges ultraísta y se ocupa de sus primeros libros de poesía y del primero de ensayos, *Inquisiciones*. No puede menos que reconocer que en estos poemas se ha alejado del espíritu vanguardista y los sitúa en la tradición de Quevedo y Villarroel, y anota que «es un poeta con algo de profesor y de filósofo»¹.

El primer libro de ensayos, *Inquisiciones*, mereció la atención nada menos que de Benjamín Jarnés y Pedro Henríquez Ureña. Desde las páginas de la *Revista de Occidente*, Jarnés critica la actitud «pirómana» del joven inquisidor, ya que «encenderla es oficio de otras manos». Tras pasar a un resumen favorable del contenido, elogia el estilo de su prosa juvenil, en la línea de la primera crítica; al tiempo que comenta

¹ Enrique Díez-Canedo, «Fervor de Buenos Aires», en *Alfar*, n.º 3 (1923), España, n.º 413 (1924). Fue recogido en el libro *Letras de América, México, El Colegio de México, 1944; aparece también en Jaime Alazraki, editor, Jorge Luis Borges, Madrid, Taurus, «El Escritor y la Crítica», 1976, págs. 21-23. Ramón Gómez de la Serna, «El fervor de Buenos Aires», *Revista de Occidente*, tomo IV, n.º 10 (abril-junio 1924), págs. 123-127 y en Alazraki, ob. cit., págs. 24-26; Guillermo de Torre, «Luna de enfrente. Poemas», *Revista de Occidente*, tomo XI (enero-marzo 1926), págs. 409-411, reproducido en Alazraki, ob. cit., págs. 32-33; Rafael Cansinos Assens, «Jorge Luis Borges», *La nueva literatura*. Tomo III. La evolución de la poesía (1917-1927). Madrid, Páez, 1927, págs. 280-302, cfr. Alazraki, ob. cit., págs. 34-45.*

que uno de sus ensayos más famosos «Menoscabo y grandeza de Quevedo», publicado con anterioridad en la *Revista de Occidente*, declarando a Borges su «nieta adoptivo». Un año más tarde, Henríquez Ureña comenta el libro en la *Revista de Filología Española*, además del elogio de las «inquisiciones» sobre Torres Villarroel y Quevedo, centra su atención en la investigación estilística de los autores tratados, hasta entonces rara en las letras hispánicas, señalando a continuación que no se queda ahí, dada su inclinación filosófica. Al hablar del estilo del joven Borges nota con exactitud que «no siempre acierta» y «es de esperar que Borges aprenda a quitar sus andamios y alcance el equilibrio y la soltura», deseo que pronto se cumplió y que coincide con la apreciación del propio Borges sobre su barroquismo estilístico inicial².

Aunque no esté relacionado con la crítica, quizá sea de interés recordar que *La Gaceta Literaria* publicó el poema «Un patio» de *Fervor de Buenos Aires*, en 1927, dentro del número en homenaje a Góngora y un año más tarde el ensayo «El idioma de los argentinos», que da título al libro publicado en Buenos Aires ese mismo año de 1928³.

No volvemos a tener noticias de Borges hasta la importante antología de Federico de Onís, de 1934, en la que aparecen poemas de los tres libros de poesía publicados hasta entonces. Onís lo incluye en el ultraísmo y en el breve perfil que le dedica, después de resumir su trayectoria vanguardista, y señalar su conocimiento de las literaturas modernas y clásicas, insiste en su preocupación por el estilo, tanto en la poesía como en los ensayos, considerándolo «moderno y clásico a la vez, como también es argentino hasta la médula, con proyecciones universales»⁴.

Amado Alonso, desde Buenos Aires, fue el primero que se ocupó del primer libro de relatos de Borges, *Historia universal de la infamia* (1935). De este libro «desaforado» destaca su «fisonomía estilística muy particular», sobre todo en su adjetivación, puesta al servicio de un también peculiar humorismo, que se basa en la unión de lo literario con lo vital, en una burla contra los convencionalismos literarios. También señala que esta prosa, basada en la economía y en la condensación, es superior a la de los libros anteriores, de modo que ya estaríamos ante un «estilo verdadero»⁵.

Como vemos, la primera lectura de Borges, dejando a un lado las alusiones a su etapa vanguardista, se focaliza en el estilo del joven escritor argentino; actitud que tardará varios años en volver, seducidos sus lectores por las asombrosas tramas de sus relatos. Este estilo, tanto en prosa como en poesía, tendría dos vertientes: la clásica, abundando en la filiación quevedesca que lo relaciona con la tradición literaria española, y la argentina, sobre todo la entonación orillera, que en cualquier caso, no rompería la norma. Es decir, el estilo borgiano sería una especie de continuación, no de ruptura, con la tradición literaria española. Borges, ya en 1927, en *El idioma de los argentinos*, reflexionaba sobre la supuesta oposición entre casticismo y argentinismo, que ya había enunciado someramente en «El idioma infinito», aparecido en 1925 en la revista *Proa*. Después de rechazar el lunfardo, como mera jerga gremial,

² Benjamín Jarnés, «Jorge Luis Borges: Inquisiciones (Editorial "Proa")», *Revista de Occidente*, n.º 25 (julio-sept. 1925), págs. 125-127; Pedro Henríquez Ureña, «Borges, J.L. Inquisiciones», *Revista de Filología Española*, XIII (1926), págs. 79-80. Recogido en Alazraki, ob. cit., págs. 29-31.

³ *La Gaceta Literaria*, n.º 11 (1 de junio de 1927), I, pág. 63 y n.º 38 (15 de julio de 1928), I, pág. 238.

⁴ Federico de Onís, *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, Madrid, *Revista de Filología Española*, 1934, pág. 1150.

⁵ Amado Alonso, «Borges, narrador», *Sur*, n.º 14 (noviembre de 1935), págs. 105-115. Reproducido en Alazraki, ob. cit., págs. 46-55. Este trabajo pasó a formar parte del libro *Materia y forma en poesía*, Madrid, *Gredos*, 1955, págs. 434-449.

señala que entre el español de los españoles y el de los argentinos la única diferencia es de matiz:

matiz que es lo bastante discreto para no entorpecer la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria. [...] No hemos variado el sentido intrínseco de las palabras, pero sí su connotación. Esa divergencia, nula en la prosa argumentativa o en la didáctica, es grande en lo que mira a las emociones. Nuestra discusión será hispana, pero nuestro verso, nuestro humorismo, ya son de aquí⁶.

Borges por los años treinta, en «El escritor argentino y la tradición», al repasar las soluciones dadas al problema enunciado en el título del ensayo, dice:

Se dice que hay una tradición a la que debemos acogernos los escritores argentinos, y que esa tradición es la literatura española. [...] muchas objeciones podrían hacersele, pero basta con dos. La primera es ésta: la historia argentina puede definirse sin equivocación como un querer apartarse de España, como un voluntario distanciamiento de España. La segunda objeción es ésta: entre nosotros el placer de la literatura española, un placer que yo personalmente comparto, suele ser un gusto adquirido.

Y concluye que la tradición argentina es toda la cultura occidental⁷.

Después de estas apreciaciones iniciales, la obra de Borges desaparece casi por completo del panorama crítico español. Nada hay sobre él durante la década de los cuarenta; en los años cincuenta entra en la nómina del *Diccionario de la literatura española*, publicado por la Revista de Occidente, de la mano del que será su fiel divulgador durante mucho tiempo, Jorge Campos. También, desde las páginas de la revista *Insula* irá informando a los lectores españoles de las publicaciones del escritor argentino. De momento, sólo tenemos en 1958 una reseña del *Manual de zoología fantástica*, firmada por Ventura Doreste, en la que hace hincapié en la puntual, y a veces fantástica, erudición de la antología, y la considera «un inestimable tesoro», incluso superior a algunos cuentos. Del mismo año es un artículo de cierta extensión de Miguel Enguídanos sobre los cuentos⁸. Es sobre todo a partir de los años sesenta cuando Borges interesa a los españoles, interés que se ve propiciado por su consagración por la crítica francesa y por su visita a España en 1963. Después de esta fecha la bibliografía aumentará considerablemente, sobre todo en la década de los ochenta, contribuyendo a la creación de la biblioteca borgiana.

Aunque se salga de nuestro propósito, hay que recordar que la publicación de las obras de Borges en España a partir de los años sesenta, así como la edición y traducción de libros fundamentales sobre Borges de críticos extranjeros y su presencia en revistas especializadas, indudablemente contribuyeron de manera eficaz a la lectura de su obra, a lo que hay que sumar las páginas de divulgación de muchas publicaciones periódicas. A raíz de la concesión del premio «Miguel de Cervantes» en 1979 y después de la muerte de Borges, han aparecido libros que recogen los trabajos presentados a distintos congresos, en los que abunda la presencia de importantes críticos extranjeros, bien sobre aspectos concretos de su obra, como *España en Borges* o *Bor-*

⁶ J.L. Borges, «El idioma de los argentinos», en J.L. Borges y J.E. Clemente, *El lenguaje de Buenos Aires*, Buenos Aires, Emecé, 1963, pág. 31. En «Las almas del doctor Américo Castro» (Sur, n.º 86, 1941) Borges volvió a ocuparse del problema, en esta ocasión de forma virulenta, al «reseñar» el libro de don A. Castro sobre La peculiaridad lingüística rioplatense; poco más tarde, Amado Alonso, en «A quienes leyeron a Jorge Luis Borges», en Sur, n.º 86» (Sur, n.º 89, págs. 79-81) salió en defensa del Instituto de Filología Hispánica de Buenos Aires, atacado duramente por Borges, estimando injusta su apreciación.

⁷ Jorge Luis Borges, *Discusión*, en *Obras completas I* (1923-1972), Buenos Aires, Emecé, 1989, pág. 271. Sobre esta cuestión véase Nora Catelli, «Borges y la literatura española: la analogía imposible», en *España en Borges*, Fernando Rodríguez Lafuente, coord., Madrid, El Arquero, 1990, págs. 56-59.

⁸ Ventura Doreste, «Borges y la zoología fantástica», *Insula*, XIII, n.º 142 (sept. 1958), pág. 5; Miguel Enguídanos, «Imaginación y evasión en los cuentos de Jorge Luis Borges», *Papeles de Son Armadans*, año III, t. X, n.º 30 (sept. 1958), págs. 233-251.

ges entre la tradición y la vanguardia, o de carácter misceláneo en los que también tiene cabida la creación al modo borgiano, no siempre afortunada⁹.

Si repasamos los estudios sobre la obra de Borges realizados en España por críticos españoles, lo primero que se advierte es que la mayor parte de ellos se ocupan de los relatos; a mucha distancia se encuentran los dedicados a la poesía, que en tantas ocasiones no son sino un «acuse de recibo»; hay un olvido casi total de la producción ensayística y brillan por su ausencia los dedicados a las obras en colaboración. Con este panorama parece confirmarse el temor de Borges de pasar a la historia de la literatura como escritor de cuentos y no como poeta, tal como fue su deseo. No podían faltar, tratándose de la figura de Borges, las entrevistas y lo que podríamos llamar «evocaciones». Algunas de las entrevistas que aparecieron en publicaciones periódicas tuvieron lugar en Buenos Aires, con motivo de la estancia de algún crítico español en esta ciudad, como la de Ricardo Gullón que inaugura la serie; otras se celebraron durante los viajes de Borges a España, comenzando en 1963, cuya crónica hizo Rafael Lapeña. Su muerte en junio de 1986, lógicamente, dio lugar a varias rememoraciones de su vida y su obra¹⁰.

Muchos años después de su crítica sobre *Fervor de Buenos Aires* y *Luna de enfrente*, Guillermo de Torre se ocupó de la etapa vanguardista de Borges, a pesar de su posterior «abominación» del ultraísmo, actitud que reprueba. En este trabajo el crítico español, además de intentar reconstruir esa «prehistoria ultraísta», estudia las complejas relaciones del ultraísmo argentino y, por tanto, de Borges, con Leopoldo Lugones, señala sus deudas con el expresionismo alemán y da cuenta de dos libros que nunca vieron la luz, los *Salmos rojos* y *Los naipes del tahir*¹¹.

⁹ Jorge Luis Borges. Premio «Miguel de Cervantes» 1979, Barcelona, *Anthropos/Ministerio de Cultura*, 1979; Abalorio. Revista de Creación (*Sagunto*), n.º 13 (otoño-invierno 1986-1987); Oro en la piedra. Homenaje a Borges. Murcia, 1987, Victorino Polo, coord., Murcia, Editora Regional, 1988; España en Borges, Fernando Rodríguez Lafuente, coord., Madrid, Ediciones El Arquero, 1990; Borges entre la tradición y la vanguardia, Sonia Mattalía, coord., Valencia, Generalitat Valenciana, 1990.

¹⁰ Ricardo Gullón, «Borges y su laberinto», *Insula*, año XVI, n.º 175 (junio 1961), pág. 1; Antonio Núñez, «El per-

fil humano de Jorge Luis Borges», *Insula*, XVII, n.º 195 (1963), pág. 5; Rafael Lapeña, «Borges en Madrid», *Revista de Occidente*, año I, n.º 1 (1963), págs. 109-112; Leopoldo Azancot, «Borges en Madrid», *Indice*, XVIII, n.º 192 (1965), pág. 9; Francisco Ayala, «Presentación de Borges», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 220 (abril 1968), págs. 153-156 y en *Las plumas del Fénix*. Estudios de literatura española, Madrid, Alianza Editorial, 1989, págs. 617-621; Lázaro Santana, «La vida y la brújula», *Insula*, XXIII, n.º 258 (mayo 1968), págs. 1 y 4-5; José A. Rial, «Al habla con Jorge Luis Borges», *Indice*, XXIV (1 de enero

de 1969), págs. 17-18; Rima de Vallbona, «Por los pasillos de Jorge Luis Borges», *Insula*, XXIV, n.º 275-276 (octubre-noviembre 1969), pág. 4; Joan Queralí, «Conversación con Borges: Palabras y algunos cuentos», *Revista de Occidente*, n.º 96 (1971), págs. 267-284; Jorge Rodríguez Padrón, «Conversaciones con Borges», *Insula*, XXIX, n.º 335 (octubre 1974), pág. 11. Hay varios artículos sobre Borges en los números 475 (junio 1986) y 479 (octubre 1986) de *Insula*.

¹¹ Guillermo de Torre, «Para la prehistoria ultraísta de Borges», *Hispania*, XLVII (1964), págs. 457-463; *Cuadernos Hispanoamericanos*, LVII (enero-marzo 1964),

págs. 5-15, recogido en Alazraki, ob. cit., págs. 81-91. Guillermo Díaz Plaja se preocupó de la poesía del joven Borges escrita durante su estancia en su Mallorca, «Borges en Mallorca», en *Figuras con un paisaje al fondo*, Madrid, Espasa-Calpe «Selecciones Austral», 1981, págs. 137-141. Los poemas de juventud dispersos en las páginas de varias revistas españolas fueron recogidos por Carlos Meneses, *Poesía juvenil de J.L. Borges*, Barcelona, José Olañeta, 1978. Para la correspondencia con Sureda y con Adriano del Valle, véase: Carlos Meneses, ed., *Jorge Luis Borges*, *Cartas de juventud (1921-1922)*, Madrid, Orige-

Recientemente Benito Varela Jácome ha considerado algunas de las características de los dos primeros poemarios de Borges. La voluntad de corrección se manifiesta en la eliminación en las sucesivas ediciones de los poemas ultraistas y también de composiciones regulares que contienen metáforas demasiado tradicionales o expresiones poco eufónicas. Los temas se organizan de acuerdo a unas formas gramaticales que piden un verso extenso. *Luna de enfrente* supondría una renovación de métrica, aunque hay ejemplos de metricismo. Este trabajo, de algún modo, complementa las apreciaciones de Díez-Canedo, pero mientras éste ponía el acento en lo «clásico» del verso borgiano, Varela Jácome insiste en la renovación. Miguel D'Ors pone de manifiesto la importancia y perduración en la poesía de Borges de la construcción del tipo «lento en la sombra», que, como ya señaló María Rosa Lida, tienen el modelo en Virgilio¹².

Antonio Carreño estudia el complejo problema de la identidad en la poesía de Borges, aunque acude necesariamente a textos en prosa donde se plantea la misma cuestión. Son de particular interés sus comentarios sobre el juego entre lo individual y el doble, el uso de algunas marcas gramaticales, y varios tópicos sobre la identidad, la inmortalidad y el autorreconocimiento. Concluye, con Borges, que «ser alguien es convertirse, paradójicamente, en nadie. Por lo mismo, la identidad personal se funde en la misma negación: en ese "otro" imaginado que, confirmándose en la obra escrita, se enajena del que se siente tan diferente». Luis Sainz de Medrano intenta hacer un recorrido por la poesía de Borges, desde *Fervor de Buenos Aires* hasta *La cifra*, poniendo la poesía en relación con la prosa para señalar convergencias y divergencias, como la presencia de la emotividad en la poesía, siempre dentro de su carácter intelectual¹³.

Teodosio Fernández se ocupa del retorno a la poesía en la madurez del escritor, en la que reivindica a Lugones, por tanto al modernismo, y con él la relación entre poesía y música de la que habla Borges; poesía intelectual, pero también intuitiva con la recuperación del poder mágico de la palabra, aunando la actuación de la inteligencia y la de la musa. Por otra parte, cabe señalar el carácter progresivamente autobiográfico de la última poesía¹⁴.

nes, 1987; Rosa Pellicer, «Cartas de Jorge Luis Borges a Adriano del Valle», *Voz y Letra. Revista de Filología*, 1 (1990), págs. 207-214.

¹² Benito Varela Jácome, «Técnicas poéticas en los primeros libros de Borges», en *Sonia Matallía, coord., Borges: entre la tradición y la vanguardia, Valencia, Generalitat Valenciana, 1990*, págs. 99-117; Miguel d'Ors, «So-

bre las construcciones de tipo "lento en la sombra" en la obra de Borges», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. IV, n.º 5 (1976), págs. 379-385. M.ª Rosa Lida, «Contribución al estudio de las fuentes literarias de Jorge Luis Borges», *Sur*, n.º 213-214 (julio-agosto 1952), págs. 50-57.

¹³ Antonio Carreño, «La negación de la persona: Jorge Luis Borges», en *La dia-*

léctica de la identidad en la poesía contemporánea. La persona, la máscara, *Madrid, Gredos, 1982*, pág. 163; Luis Sainz de Medrano, «La poesía de Borges: el otro, el mismo», en *Oro en la piedra. Homenaje a Borges*. Murcia, 1987, Victorino Polo, coord., Murcia, Consejería de Cultura, Educación y Turismo, Colección «El Dorado», 1988, págs. 295-310.

¹⁴ Teodosio Fernández, «Entre la vida y la literatura: sobre Borges y su poesía de madurez», en *Abalorio. Revista de Creación (Sagunto)*, n.º 13 (otoño-invierno 1986-1987), págs. 35-42; «El hacedor: sobre los poderes y el fracaso de la literatura», *Revista de Occidente*, n.º 86-87 (julio-agosto 1988), págs. 82-94; «Borges y la esencia de la poesía»,

Finalmente, mencionaremos otros estudios más puntuales, como el de Gustavo Correa sobre el símbolo del agua, en el que considera el cambio que se produce entre los primeros poemarios y los publicados a partir de 1943, en los que está más estrechamente relacionado con el paso del tiempo. Miguel Enguídanos defiende el criollismo de Borges presente en sus primeros libros y en esa vuelta a la poesía que supuso la publicación de *El hacedor*, frente a la crítica que lo acusa de cosmopolita. Más recientemente, Alcira B. Bonilla estudia el uso del *haiku* y algunos poemas de tema japonés en la poesía de Borges, sobre todo en *La cifra*¹⁵.

Mucho más interés que la poesía han suscitado los relatos de Borges. Como en el caso de los estudios sobre la poesía, no es posible establecer unas líneas críticas claras. Dejando a un lado los trabajos meramente divulgativos o descriptivos, una parte de la crítica dedica sus esfuerzos a demostrar que las ficciones de Borges no son meros juegos verbales de elegante arquitectura, al considerar la imaginación una facultad creadora, sin la cual no es posible la existencia de la literatura, como sostiene Miguel Enguídanos en el artículo antes citado. La fantasía creadora está siempre guiada por la inteligencia que origina la perfección matemática de sus relatos, en la que nos muestra una imagen del mundo y de sí mismo, como sostiene Ventura Doreste¹⁶. Este tipo de interpretación suele basarse en las relaciones de Borges con la filosofía, ya que casi todos aluden, como es lógico, al idealismo y a la influencia de determinados filósofos racionalistas. Las obsesiones borgianas suelen tener un carácter metafísico y sufren una operación de metaforización al convertirse en ficciones. El problema más tratado es el de la unidad y la multiplicidad, estrechamente relacionado con el de la identidad personal, tema de muchos de sus relatos, poemas y ensayos. Frente a la opinión de la mayoría de la crítica española sobre la existencia de un «orden», o por lo menos su busca, en el universo borgiano, otros autores, como Luis Larios, lo niegan categóricamente¹⁷.

en Sonia Mattalía, ob. cit., págs. 35-44. Respecto a la poética borgiana no he podido consultar V. Cervera Salinas, «La poética de Jorge Luis Borges. Un intento de fundamentación», *Anales de Filología Española (Murcia)*, I (1985).

¹⁵ Gustavo Correa, «El símbolo del cuarto elemento en la poesía de Jorge Luis Borges», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 322-323 (abril-mayo 1977), págs. 274-284; Miguel Enguídanos, «El criollismo de Borges», *Papeles de Son Armadans*, año IX,

tomo XXXIII, n.º 97 (abril 1964), págs. 17-32; Alcira B. Bonilla, «Jorge Luis Borges, un "haijin" en el Río de la Plata», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, n.º 13 (1984), págs. 69-90.

Al no ser posible entrar en la consideración pormenorizada de las reseñas de la más reciente obra poética de Borges, que corresponde a la renovación del interés hacia él por parte de la crítica y de los lectores, me limito a dar cuenta de alguna de ellas: Carlos Meneses, «El oro de los tigres»,

Insula, XXVIII, n.º 314-315 (enero-febrero 1973), pág. 18; Carlos Cortínez, «La poesía de Borges y La moneda de hierro», Insula, XXXII, n.º 364 (marzo 1977), pág. 3; Claudio Magris, «Borges y su Nueva antología personal», *Papeles de Son Armadans*, año XXIII, vol. XCI, n.º 271-273 (1978), pág. 5; Andrés Soria, «En el telar de literatura (Nota a un libro de Borges)», Insula, XXXV, n.º 400-401 (abril-mayo 1980), pág. 13 (sobre Nueva antología personal); Jorge Campos, «Presencia nueva de

Borges», Insula, XLVII, n.º 425 (abril 1982), págs. 11-12 (sobre La cifra).

¹⁶ Ventura Doreste, «Análisis de Borges», *Revista de Occidente*, tomo XVI, n.º 46 (enero 1967), págs. 50-62; recogido en *Análisis de Borges y otros ensayos*, *Las Palmas de Gran Canaria*, El Arca, 1985.

¹⁷ Manuel Benavides, «Borges y la filosofía», C. HA., n.º 444 (junio 1987), págs. 118-126, «La filosofía de Borges», en *Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica*, Madrid, Instituto

Frente a la negación de la realidad y de la historia, que llevaría consigo una falta de interés por las cuestiones políticas y sociales, Julio Matas y Julio Rodríguez Puértolas nos muestran a un Borges preocupado por su tiempo. Rodríguez Puértolas examina el tema de los antepasados heroicos, en el que aparece el problema del destino latinoamericano —y, por tanto, el suyo—, cifrado en la acuñación de Sarmiento «civilización y barbarie», y los dedicados a la época peronista, en los que hay una denuncia cívica. La barbarie se identifica con el proceso de descomposición de la sociedad argentina tradicional. Borges muestra un pesimismo político que lo lleva de sus ideas liberales al conservadurismo y de allí, tal y como parece desprenderse de su último libro de relatos, *El libro de arena*, a un enclaustramiento «en una verdadera fortaleza de reaccionarismo erigida para separarlo de un mundo cada vez más hostil y más extraño», en el que tiene mucho que ver la vuelta del peronismo a la Argentina. Julio Matas nos muestra a un Borges preocupado por cuestiones de orden moral, concernientes a los problemas de nuestra época. Para su demostración elige el cuento «Deutsches Requiem», una versión del modelo platónico de un nazi, que inspira a la vez repugnancia y compasión¹⁸.

Un importante número de ensayos están dedicados a establecer las relaciones entre realidad y ficción. Adolfo Murguía, partiendo de la declaración borgiana de «vida y muerte han faltado a mi vida», plantea el dilema de Borges entre vida y literatura, recorriendo tres momentos: la vida ausente, la culpa y el laborioso amor a la escritura, utilizada como una frágil defensa contra el miedo a la acción. Esta polaridad, para Eduardo Tijeras, se manifestaría en la predilección de Borges por el tema del arrabal y del duelo entre malevos, que está en relación con la debatida y estéril discusión acerca del cosmopolitismo y el argentinismo. Cándido Pérez Gállego señala la importancia de la experiencia literaria en toda su obra, que no sólo tiene un sentido erudito, sino que además es otra forma de la fantasía, imaginada o exacta, como queda de manifiesto en la célebre dedicatoria de *El hacedor*. Este afán por crear una literatura erudita se puede considerar como un alejamiento de la propia experiencia vital, lo que no significa que Borges no cree en su obra una «auténtica conciencia y una coherente ideología», como lo demuestra el análisis de Evaristo Carriego, entre otros textos. Por otra parte, la acumulación de citas bibliográficas sirve para producir el cruce entre el plano vital y el literario¹⁹.

Sonia Mattalía y Juan Miguel Company se ocupan de la negación del concepto del «realismo tradicional» en los relatos de Borges, ya que lo real es irrepresentable por medio del lenguaje, a la que se une nuestro radical desconocimiento de qué es la realidad, aunque inventemos sistemas para tratar de ordenarla. Como estudia también Teodosio Fernández, la literatura no dejará de ser, nada más ni nada menos, que un sueño voluntario. El constante interés por el problema de la incapacidad del lenguaje para representar lo que llamamos realidad, se manifiesta en los distintos ensayos de creación de lenguajes artificiales; Cristina González analiza someramente esta cuestión a propósito del idioma imaginado por el obispo Wilkins y Funes, el

de Cooperación Iberoamericana/Universidad Complutense, 1988, págs. 889-899; Luis Larios, «El mundo caótico de Jorge Luis Borges», Papeles de Son Armadans, año XX, tomo LXXVI, n.º 227 (febrero 1975), págs. 115-120.

¹⁸ Julio Rodríguez Luis, «La intención política en la obra de Borges: Hacia una visión de conjunto», Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 361-362 (julio-agosto 1980), págs. 170-198; Julio Matas, «Borges y nuestro tiempo: Una ficción con moraleja», en La cuestión del género literario. Casos de letras hispánicas, Madrid, Gredos, 1979, págs. 83-107. Para la consideración de los cuentos de Borges como juego, véase José Luis García Martín, «Sobre la imposibilidad de la Biblioteca de Babel», Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 273 (mayo 1973), págs. 507-511.

¹⁹ Adolfo Murguía, «La escritura como irrisión. Una conjetura a propósito de J.L. Borges», Revista de Occidente, n.º 20 (1983), págs. 77-86; Eduardo Tijeras, «La sugestión del arrabal porteño y el duelo malevo en Borges», Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 319 (enero 1977), págs. 143-147; Fernando Quiñones, «El más borgiano territorio», Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 224-225 (agosto-septiembre 1968), págs. 631-638; Cándido Pérez Gállego, «Borges o la erudición como fantasía», Revista de Indias, año 16, n.º 103-104 (enero-junio 1966), págs. 107-119.

memorioso. Finalmente, Antonio Armisén, en su comentario sobre «Emma Zunz», afirma que el género policíaco y el análisis psicológico se unen «al tema borgiano de la inadecuación última de lengua y literatura para la expresión de lo que comúnmente llamamos realidad»²⁰.

Las ideas de Borges sobre la realidad y la literatura, expuestas en sus ensayos, no podían menos que reflejarse en sus cuentos; así, Pérez Gállego estudia esta relación en «El Aleph», relato en que a través de una trama que conduce al descubrimiento de una revelación inesperada, por medio de la fusión del plano sentimental y del fantástico, produciéndose así el paso de lo real a la irrealidad y convierte una historia sentimental en una metáfora de la infinitud. También Francisco Ayala en el análisis textual de este cuento insiste en la fusión de los planos, reflejados en la mezcla de personajes reales y ficticios, y en el humor que recorre todo el relato. Antonio Risco estudia «Las ruinas circulares» como ejemplo de la modalidad de lo fantástico en que los límites entre fantasía y realidad borran sus fronteras, produciendo la perplejidad en el lector²¹.

Respecto a una de las grandes preocupaciones de Borges, el tiempo, Pedro Ramírez Molas examina una serie de cuentos en los que surge como precursor de la problemática de la temporalidad en la actual novelística hispanoamericana, adivinando todas sus posibilidades, como la inexistencia del tiempo lineal, el tiempo regresivo, el instante eterno, el tiempo irreversible, el irrefutable, o su negación.

Alberto Julián Pérez desarrolla el método de Bakhtin en su estudio del discurso de la prosa borgiana. El libro está dividido en cuatro grandes capítulos, centrados en cuatro elementos fundamentales: el espacio y el tiempo, el personaje, el discurso narrativo y los géneros discursivos. Quizás el capítulo más interesante sea el dedicado al «cronotopo narrativo», es decir a las relaciones espacio-temporales. Dentro del espacio considera el espacio de la menipea, el familiar-extraño, los literarios. Las características más notables del tiempo son la irreversibilidad, la suspensión y la alteración, el instante, la causalidad mágica y la sucesión cronológica; a los que hay que añadir los propios del tiempo humano (memoria, imaginación, sueño, etc.). El tercer

²⁰ Sonia Mattalía y Juan Miguel Company, «Lo real como imposible en Borges», Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 431 (mayo 1986), págs. 133-142; Teodosio Fernández, «Jorge Luis Borges, o el sueño dirigido y deliberado de la literatura» en Jorge Luis Borges. «Premio Miguel de Cervantes», 1979, Barcelona, Anthropos/Ministerio de Cultura, 1989, págs. 109-128; Cristina González, «Wilkins y Funes: el lenguaje

imposible», Insula, XXXIII, n.º 383 (octubre 1978), pág. 3; Antonio Armisén, «Emma Zunz. Sobre la lectura, los modelos y los límites del relato», en Formas breves del relato. (Coloquio. Febrero de 1985), Madrid/Zaragoza, Casa de Velázquez/Dpto. de Literatura Española, 1986, págs. 297-308.

²¹ Cándido Pérez Gállego, «El descubrimiento de la realidad en "El Aleph" de Jorge

Luis Borges», Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 214 (octubre 1967), págs. 186-193; Francisco Ayala, «Comentarios textuales a El Aleph», en Realidad y ensueño, Madrid, Gredos, 1963, págs. 144-153, también está recogido en Los ensayos. Teoría y crítica literaria, Madrid, Aguilar, 1971, págs. 1172-1180 y, recientemente, en Las plumas del Fénix. Estudios de literatura española, Madrid, Alianza Edi-

torial, 1989, págs. 609-617; Antonio Risco, «Fusión de la ficción con la realidad. Las ruinas circulares, de J.L. Borges», en Literatura fantástica de lengua española, Madrid, Taurus, 1987, págs. 354-366. Véase también Pilar Gómez Bedate su estudio de conjunto sobre El Aleph, «Sobre Borges», Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 163-164 (julio-agosto 1963), págs. 268-276.

capítulo está dedicado a la heteroglosia y a la imitación de modelos literarios, así como a la incorporación de gran número de géneros extraliterarios. Por medio de los procedimientos estudiados, el cuento de Borges asumiría la capacidad de transformación y apertura que tiene, para Bakhtin, la novela²².

Más escasos son los trabajos dedicados al estudio de la lengua y el estilo de Borges, aunque hay algunas consideraciones puntuales como los de Campos y Cuperman. Isabel Paraíso analiza el ritmo lingüístico y el de pensamiento en tres textos. Después de un minucioso análisis tonal de la dedicatoria de *El hacedor*, concluye que la tendencia a los tonemas suspensivos, junto a los fuertemente descendentes, son rasgos del estilo borgiano y están relacionados con su carácter «dubitativo, resignado, triste». En «Borges y yo» el ritmo zigzagueante contribuye a la antítesis y a la bipolaridad. Finalmente, la linealidad de «El Aleph» deriva de la coordinación de tres temas: «amor, sátira literaria y éxtasis místico». Desde un enfoque predominantemente estilístico, Rosa Pellicer estudia el léxico, la estructura de la prosa, con especial atención a la enumeración, el uso de la semejanza y la contigüidad, y la expresión del humor y de la duda. Concluye que los rasgos de estilo más característicos muestran un intento de organización del universo por medio del lenguaje y la literatura, apreciándose una resistencia en la presentación de la realidad de forma unívoca, lo que provoca la inversión y la repetición, dos modos de obrar del espejo²³.

Dentro de los trabajos sobre la obra de Borges, ocupa un lugar aparte el de Cristina Grau. La novedad viene dada por considerar los espacios borgianos a la luz de la arquitectura. La autora dedica el primer capítulo de su libro a Buenos Aires, y los siguientes a diversos tipos de laberintos: el generado por adiciones infinitas, el basado en duplicaciones y simetrías, la ciudad como laberinto y el propio laberinto. El libro está acompañado de un gran número de ilustraciones, desde fotos antiguas de Buenos Aires, a planos de Le Corbusier, de Wright o a las cárceles de Piranesi, por citar unos ejemplos, además de una entrevista de la autora con Borges²⁴.

Para finalizar este apresurado recorrido, hay que mencionar un grupo de trabajos dedicados a establecer las relaciones de Borges con otros autores. Los vínculos con la literatura española fueron tratados en el simposio *Borges en España/España en Borges*, celebrado en Madrid en 1987. Aunque la mayoría de los estudios que forman el libro son de prestigiosos críticos extranjeros, cabe destacar el de Jaime Alazraki sobre la ambivalente actitud de Borges ante el barroco español; actitud que también considera Teodosio Fernández, indicando cómo se modifica con el paso de los años. Silvia Molloy plantea la relación de Borges con otros escritores como una «codicia vital», definiendo su personalidad a través de otras vidas; Saúl Yurkievich analiza las semejanzas y diferencias con Ramón Gómez de la Serna; Carlos Meneses recuerda la estancia de Borges en Mallorca y Nora Catelli acaba por establecer las concomitancias con Juan Benet.

²² Pedro Ramírez Molas, «Borges, el precursor», en *Tiempo y narración*. (Enfoques de la temporalidad en Borges, Carpentier, Cortázar y García Márquez), Madrid, Gredos, 1978, págs. 22-55; Alberto Julián Pérez, *Poética de la prosa de J.L. Borges*. Hacia una crítica bakhtiniana de la literatura, Madrid, Gredos, 1986.

²³ Jorge Campos, «Un hábito borgiano: el futuro predeterminado», *Insula*, XXVII, n.º 317 (julio-agosto 1973), pág. 11; Pedro Cuperman, «La negatividad en Borges», *Insula*, XXX, n.º 340 (marzo 1975), pág. 1; Isabel Paraíso de Leal, «Análisis de tres textos de Borges», en *Teoría del ritmo de la prosa*, Barcelona, Planeta, 1976, págs. 163-183; Rosa Pellicer, *Borges: El estilo de la eternidad*, Zaragoza, Dpto. de Literatura Española/Libros Pórtico, 1986.

²⁴ Cristina Grau, «Borges en el laberinto de las simetrías y de los juegos de espejos», *Abalorio*. Revista de Creación (separata), n.º 13 (otoño-invierno 1986), *Borges y la arquitectura*, Madrid, Cátedra «Ensayos Arte», 1989. Dentro de las ilustraciones a la obra de Borges, Bernardo Victor Carande publicó un cómic sobre «El Sur», antecedido de una justificación sobre su realización, «Explicación a un cómic sobre El Sur», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 462 (diciembre 1988), págs. 45-54.

El cuento de don Illán de *El conde Lucanor* ha conocido muchas versiones, entre ellas la publicada por Borges en *Historia universal de la infamia*; la reescritura borgiana ha sido estudiada por Cristina González y Antonio Risco, que también tiene en cuenta la versión de Azorín, más cercana a la recreación artística. Rosa Pellicer estudia algunos puntos comunes entre Borges y Azorín, como su concepto de literatura o su preocupación por el tiempo. La conexión con Machado respecto a la idea de temporalidad cifrada en la imagen paterna, «la imagen del padre en el tiempo», ha sido tratada por José L. Girón Alconchel. En este artículo también se trata del concepto de la poesía en ambos poetas y de algunos símbolos coincidentes (la tarde y el espejo); las conexiones se deben, fundamentalmente a una tradición literaria común, que tiene dos elementos fundamentales: el modernismo y el tratamiento del tiempo. La relación con Unamuno ha sido considerada por Dolores M. Koch²⁵.

Respecto a las relaciones con escritores extranjeros se pueden señalar la actividad de Borges como traductor de Faulkner, con Hawthorne, del que también fue traductor, con Joyce, Kafka, Dante o la presencia del mundo borgiano en la célebre novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa*; Antonio Genovés estudia las analogías entre «El Aleph» y el *El golem* de Meyrink, dentro del peculiar «realismo mágico» borgiano²⁶. No podían faltar en la nómina las versiones de Borges del *Martín Fierro* estudiadas por Benito Varela Jácome, que también se ocupa de los ensayos de Borges sobre la poesía gauchesca, y por Marta Portal²⁷.

Es sabido que Borges se burla y condena las meras paráfrasis, las explicaciones históricas de las obras, la crítica literaria interpretativa ejercida por los nuevos escolares, la aferrada a la retórica; basta recordar algunos fragmentos de «La biblioteca de Babel», los comentarios del inefable Daneri, o la reseña dedicada a Pierre Menard. A pesar de todo, entre burlas y veras, como señaló Charles V. Aubrun con agudeza,

²⁵ Cristina González, «Don Juan Manuel y Borges: El gran maestro de Toledo y el brujo postergado. Dos versiones de un ejemplo», *Insula*, XXXII, n.º 371 (octubre 1977), págs. 1 y 14; Antonio Risco, «Lectura, fantasía y crítica», en *Literatura y fantasía, Madrid, Taurus*, 1982, págs. 245-258, publicado anteriormente en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 4 (1979), págs. 93-102; Rosa Pellicer, «Algunos puntos de contacto entre Borges y Azorín», en *Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica*, págs.

483-492; José Luis Girón Alconchel, «A. Machado y J.L. Borges: imagen paterna, temporalidad y otras coincidencias», *Studia Philologica Salmantiensis*, n.º 5 (1980), págs. 121-161; Dolores M. Koch, «Borges y Unamuno: convergencias y divergencias», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 408 (junio 1984), págs. 113-123.

²⁶ M.ª Elena Bravo, «Borges traductor: el caso de The Wild Palms de William Faulkner», *Insula*, n.º 462 (mayo 1985), págs. 11-12; Octavio Corvalán, «Hawthor-

ne y Borges: dos cuentos contados dos veces», *Nueva Estafeta*, n.º 30 (mayo 1981), págs. 67-70; Andrés Sánchez Robayna, «Borges y Joyce», *Insula*, n.º 437 (abril 1983), págs. 1 y 12; Leopoldo Azancot, «Borges y Kafka», *Insula*, n.º 170 (1963), pág. 6; J. Vehils, «Borges y Dante», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 409 (1984); Joaquín Arce, «Borges, lector de la Divina comedia», en *J.L. Borges, Nueve ensayos dantescos*, Madrid, Espasa-Calpe «Selecciones Austral», págs. 77-81; Félix García Matarranz, «Borges y El nombre de la

rosa», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, n.º 16 (1987), págs. 117-126; Antonio Genovés, «Algunos aspectos del realismo mágico de Borges», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 168 (diciembre 1963), págs. 571-580.

²⁷ Benito Varela Jácome, «Interpretaciones borgianas del Martín Fierro», *Abalorio*, n.º 13 (otoño-invierno 1986-1987), págs. 17-34; Marta Portal, «Más acá y más allá del Martín Fierro», *Arbor*, t. CIV, n.º 408 (diciembre 1979), págs. 7-21.

Borges esbozó un método de crítica literaria, «a partir de tres conceptos básicos — estética, mitología y polivalencia—, y de una articulación gramatical, invención lógica e invención verbal»²⁸. La crítica española no se ajusta del todo a la propuesta borgiana, pero tal vez algunos de los trabajos reseñados hubieran merecido su aprobación.

Las páginas anteriores no tienen otro propósito que el de proporcionar una enumeración descriptiva de la recepción de la obra de Borges por parte de la crítica «escolar» española, en la que «no están todos los que son, pero son todos los que están». Las ausencias, inevitables en el caso de la bibliografía de Borges, se deben a la ignorancia, que toma también la forma del olvido involuntario.

²⁸ Charles V. Aubrun, «Borges y la crítica literaria», Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 316 (1976), pág. 100.

Rosa Pellicer





Borges en Mallorca

TEMAS



